

# Relatos extraños

Juan Santiago Oviros Rodríguez



**Juan Santiago Quirós Rodríguez**

# **Relatos extraños**

**Editorial Electrónica**

**EDEL**

<http://guiascostarica.info/edel/>

## ÍNDICE

Síntomas

Frente al espejo

La gallina

El fantasma

Suicidio

Un hombre muy macho

La venganza

En la poza

Una mujer difícil

El ataúd inquieto

El aullido

El tatuaje

La cabra siempre tira al monte

La maldición

Caín y Abel

La paloma

El mensajero

Una película de terror

Después

El mendigo

Perro que ladra

La Muerte

Las tres

Cayetano

La promesa

Islero

Enterrado vivo

El sepulturero

Acerca del autor

## SÍNTOMAS

El primer síntoma -¿sería el primero?- le causó gracia: en dos ocasiones, leyendo un poema, confundió la palabra "cepillo" con "capilla".

Pese a que no le dio mucha importancia, el error se le quedó grabado.

Después se le olvidó -a él, poseedor de una de las ortografías más envidiables- si "gasa" se escribía "gaza" o "gasa".

En otra ocasión, no tildó "azúcar".

Esa tilde -o su ausencia- lo aterrorizó.

A los días, no recordó el nombre de su perro, amigo inseparable desde hacía más de quince años.

Y comenzó a cambiar las palabras, a decirlas al revés, o a pronunciarlas mal.

Pero lo inaudito: sentado frente al volante, no pudo recordar qué hacía ahí ni qué era aquello.

Y esta situación se fue agudizando, paulatina y trágicamente: a veces, comía. A veces, ni se acordaba de levantarse de donde caía extenuado.

La magnitud de su desgracia era tal, que no podía percatarse de su desgracia, lo cual, en esa circunstancia, era un alivio.

Pero, "no hay mal que dure cien años". Una madrugada, cierto relámpago de vida alumbró las pocas y agonizantes neuronas que le quedaban...

Y la certeza de su miseria lo aplastó.

Por todos lados, suciedad, hediondez. A los pies de la cama, la putrefacción de su adorado perro, muerto quién sabe cuándo ni por qué.

Cerca de la puerta, cientos de periódicos amontonados. El teléfono mudo. Sin luz. Sin agua.

La soledad se agigantaba más al ver los desastres que lo rodeaban.

Entonces, como una salida airosa ante tan humillante condición, recordó su revólver. Ahí estaba, reluciente y listo para prestar un servicio. Solo tenía una bala. La única que le permitiría alcanzar la lucidez completa... o la completa oscuridad...

No tenía necesidad de escoger el sitio de su "tránsito". Cuando se sufre, cualquier lugar es bueno para morir... Sin embargo, sus creencias religiosas lo detenían, lo amarraban, lo culpaban.

En medio de tanta zozobra e indecisión, un chispazo de dignidad fue más fuerte que su fe.

Se sentó en la cama, arma en mano.

Y ya no pudo recordar para qué estaba ahí, ni quién era, ni qué era aquello que se le escurría y escurría hacia el suelo, suave, muy suavemente...

## FRENTE AL ESPEJO

Alguien le dijo una vez que, a medianoche, de pie, ante un espejo, con sendas candelas encendidas en las manos, podría ver su propio funeral.

Durante días, le dio vueltas a esa creencia, con ganas y con miedo de ejecutarla.

Al fin, más poderosa la curiosidad que el temor, optó por llevarla a la práctica esa noche.

Al fondo del pasillo, el espejo, en la oscuridad de la medianoche, quedó herido por el paso de las temblorosas velas que lo humillaban con su vacilante luz.

Frente al espejo, fue abriendo sus ojos, poco a poco, y, poco a poco, fue divisando en el inquietante cristal, unas formas blancas que se le acercaban, sigilosas, como portando un féretro.

Quiso huir, y un mareo lo tiró contra el suelo.

El fuego, ávido de comida, se extendió hasta las paredes...

Más de diez casas arrasadas, tres familias carbonizadas y daños por doquier.

Solo quedó en pie el espejo, ahumado y agrietado, pero en pie, reflejando la negra desolación del entorno.

## **LA GALLINA**

Con su ojo tuerto hacia el espacio inmenso, y el medio bueno contra la interminable pared, la gallina se creía en un laberinto.

Esa noche, el Minotauro tuvo una cena diferente.

## EL FANTASMA

Desde muy antes de entrar el niño al dormitorio, el fantasma ya lo había escogido para ejecutar su plan: esa noche, posesionándose de su cuerpecito, podría volver a materializarse: sueño insatisfecho en más de quinientos años.

Esperó. Lo único que tenía que hacer era aguardar a que el niño se tumbara en la cama. En ese preciso momento, él se abalanzaría rápidamente, y la metamorfosis se realizaría en cuestión de medio segundo. De lo contrario, tendría que volver a vagar hasta que, quién sabe cuándo, le fuera dada otra oportunidad como ésta.

El niño correteó por aquí, correteó por allá, ajeno de conocer -o de imaginar, siquiera- el horrible destino que le estaba preparado.

Al ser la hora de irse a la cama, el abuelo lo acompañó, lo acostó y le besó la frente, como siempre lo hacía.

El fantasma tenía que aprovechar el instante en que el anciano, enderezándose, dejaba al niño arropado. Este, este instante, precisamente.

En el momento exacto en que el fantasma se precipita hacia el niño, el abuelo cae fulminado por un infarto.

El niño después describía cómo su abuelito se había desplomado sobre él y cómo una especie de lúgubre alarido había llenado su cuarto. Alarido que -estaba seguro- no provenía de la garganta de su añorado antecesor.



## SUICIDIO

Tanta farsa, tanta angustia tenían que terminar de alguna manera y, cuanto antes, mejor. Por eso, la solución más eficaz sería el suicidio.

¿Un balazo? ¿Un veneno? Daba lo mismo. Los dos eran llaves que abrirían las puertas de su liberación. Y poseía ambos: una calibre 22 y un poco de cianuro.

Pero su perra, su queridísima perra, compañera y amiga de años y años, en las soledades más espesas, en las pasajeras alegrías, en días y noches monótonos y ofensivos, no podría quedarse sola. También tenía que partir.

Entró al cuarto y se encerró con ella. ¿Cómo matarla? Pero, ¿cómo condenarla a su ausencia?

La atrajo hacia sí, la acarició, le habló y le habló, hasta que, echada a sus pies, la adormeció.

Con tanta angustia dentro del alma, optó por dejar vivir al animal: de alguna manera podría pasar sin él. Y se decidió también por el balazo: era más seguro que el veneno.

La perra se le acercó. Trató de jugar. Le ladró.

Pasó una noche, un día y otra noche. Sin agua, sin comida, casi sin ventilación, quizá pensando en la inhumana estupidez de su amo, fueron desgastándose los días.

Al sétimo, el cadáver más que putrefacto, la perra clavó los dientes en las profusas entrañas de su dueño, mientras le gruñía a un ratón que osaba atisbarla desde el alféizar.

## UN HOMBRE MUY MACHO

Carlos tenía fama de mujeriego, peleador, jugador y borracho.

Era el epítome del hombre de pelo en pecho, envidia de los demás y objeto de los más apasionantes deseos de púberes y climatéricas.

Por cualquier estupidez se encolerizaba, y por cualquier contrariedad se agarraba a pescozones con el más valiente o con quien fuera.

Esa noche, esa fatídica noche, estuvo tomando con uno de sus amigotes y, al paso de los tragos, discutieron, se dieron de puñetazos y ante toda la concurrencia, Carlos juró que se vengaría.

Salió tirando sillas, mesas, botellas e improperios.

Era casi la una y media de la madrugada.

Como a las seis, el amigo de tragos fue hallado con un puñal en el corazón, en un barrial lejano.

Pío hubo dudas sobre el asesino.

Lo buscaron por aquí y por allá, y lo encontraron escondido en un cerco, todo embarrialado.

No pudo decir dónde había estado de las dos de la madrugada en adelante, ni qué testigos podían dar fe de sus actos, ni nada que lo librara de la terrible sospecha, que ya se estaba convirtiendo en catastrófica verdad.

Juraba que él no lo había asesinado; que su borrachera lo había obligado a quedarse tirado ahí, y que nada recordaba.

La policía, diligente como siempre, encontró también por ahí a un medio chapulín, con barro de arriba abajo, al cual interrogaron hasta conocer la verdad.

Carlos y el chapulincillo fueron llevados a la detención: uno de los dos -o los dos- tenía que ser el asesino.

Ante la policía y ante la prensa y, para librarse de tan terrible acusación, Carlos, el hombre a carta cabal, confesó que él, sí, él y el chapulín habían pasado revolcándose, muy ardientemente, en el barrial y, que dada la concentración que pusieron en el asunto, no vieron ni oyeron nada.

*«Virílitas amisa semel, nunquam  
recuperavi potest».*

## LA VENGANZA

Acababa de ser violada.

Ropas, heridas, gestos y lágrimas clamaban su frustración y su miseria.

La cara del cobarde, brutal y sádica, la recordaría siempre.

¿Por qué no la mató?

Se levantó. Se medio limpió el pantalón y la blusa, se arregló el pelo con el peine de su mano y caminó y caminó, dolida de ser mujer; avergonzada de ser humana.

Recordó, paso a paso, su tragedia: desde que salió a caminar por el parque, hasta que fue arrebatada a la fuerza, introducida en un carro y llevada a un potrero, donde se perpetró el crimen.

Solo el deseo de venganza le daba ánimos, y solo su ánimo fue capaz de preparar la venganza.

Contactó por aquí y por allá y encontró, contrabandeada, el arma que necesitaba. Después se compró una pistola e hizo el curso de seguridad y tiro.

Sabía que algún día, tarde o temprano, iba a encontrárselo...Entonces el arma hablaría por ella.

Guardó silencio. El drama era solo suyo, nadie podía vengarse por ella, menos la Justicia que, por justa, es, la más de las veces, injusta.

Y comenzó la búsqueda. Anduvo el malhadado parque de arriba abajo. Caminó por lo más céntrico y por lo más escondido de la ciudad. Montó en buses, taxis y vehículos de alquiler.

Cuatro, seis, siete meses buscando, callada, sola, herida, buscando y buscando, como un sabueso, herida, sola, callada.

Y un día lo vio. Fue como una teofanía. Lo vio entrar al lugar menos pensado, adonde jamás se le hubiera ocurrido buscarlo. Ahí estaba. Era el mismo hombre. La misma sonrisita de superioridad. Atlético y de manos fuertes.

Con asombro, se enteró de su actividad, y con asombro, vio cómo se transformaba en el escenario.

Averiguó de él todo lo que pudo: la gente que lo rodeaba, los sitios que solía visitar, todos sus movimientos...y planeó su venganza de la manera más exquisita.

La noche en que el gran guitarrista venía de interpretar, muy exitosamente, un concierto de Tárrega, y obras de VillaLobos y de Ginastera, ella, apostada en el sitio más insólito y solitario... disparó con su arma contrabandeada.

Al escabullirse por entre los árboles del viejo parque, trató de recordar si alguien habría escrito un concierto de guitarra para la mano izquierda...

## EN LA POZA

Llegó a la poza donde su más querido amigo se había ahogado hacía una semana. Quería preguntarle qué había pasado en ella: si él se había caído accidentalmente, si lo empujaron, si se había suicidado.

El agua azul, transparente, reflejaba el entorno y permanecía completamente muda.

Vio que no era honda ni peligrosa, y que la visibilidad era casi perfecta.

Se zambulló. La recorrió a ras del piso. Las lágrimas se confundían con las burbujitas que lo rodeaban.

—¿Por qué -se preguntaba- por qué existe la muerte? Daría toda mi juventud y hasta mi vida por volverlo a ver.

Salió a tomar aire, y entonces lo vio, radiante y hermoso, en la plenitud de sus dieciséis años, sentado en una de las piedras de la tranquila poza.

Nadó hacia él. Jubiloso y exultante, nadó, mientras él lo llamaba con insistencia.

Al atardecer, lo hallaron flotando, con una extraña expresión de incredulidad, de angustia y de miedo en su envejecido rostro.

## UNA MUJER DIFÍCIL

Desde que la vio, la deseó con fuerza, con dolor y miedo. En ella, veía todas las cualidades que una mujer debía poseer. Trató de acercársele con la más disparatada excusa, y ella, sin contemplaciones, lo alejó.

Una vez y otra el resultado era el mismo.

Tal desdén fue acrecentando su pasión por ella, hasta convertirlo en un hombre obsesionado y taciturno.

Contrató celestinas que le facilitaran el espinoso camino; le envió obsequios valiosos; recurrió a los servicios de una adivinadora quien, con ensalmos y conjuros, lo enredó más de lo esperado.

Nadie pudo ayudarlo. Aquella mujer era insensible.

Desesperado, optó por raptarla con la ayuda de un incondicional amigo.

Todos los días, ella iba al gimnasio, y cada viernes, al salón de belleza, de donde tornaba a su casa hacia las siete de la noche.

Con el ardid del neumático desinflado, el amigo se le acercó y, a la fuerza, la condujo hasta el sitio convenido.

Ahí, él la esperaba, más ansioso y excitado que nunca.

Con devoción, casi con misticismo, la abrazó y la amó en la oscuridad silenciosa de la engañosa noche.

Ella se dejó hacer. Se podría decir, incluso, que colaboró en todo lo que pudo.

Permitió que él la besara y la lamiera aun en las oquedades menos sospechadas.

Cuando él, exhausto y satisfecho -más que satisfecho- la dejó tranquila, le dijo:

—Bien sabes quién soy.

—Sí, y me duele por usted, porque le había tomado cariño.

—Entonces, ¿por qué me has rechazado?

Ella buscó en su bolso y sacó el carné de salud donde estaba escrita su sentencia de muerte.

## EL ATAUD INQUIETO

El niño lanzó un grito y, señalando el ataúd, dijo que se había movido.

Deudos y amigos del difunto lo calmaron -al niño- y lo convencieron de que eso era imposible.

Camino al templo, fue una chiquita la que se desmayó, al ver que la ventanilla del ataúd se había medio abierto.

Lo bajaron. Revisaron todo y no hallaron nada anormal.

En la misa, un monaguillo vio como que se movía la tapa. Su alarido aún es recordado con espanto.

Camino al cementerio, la gente, que en tales ocasiones habla de todo menos de la muerte y del muerto, ese día iba como con abejón en el buche: quién juraba haber visto el ataúd dar una vuelta completa; quién, al muerto caminar entre la muchedumbre; éste, que del ataúd salía sangre; aquél, que un pie.

En definitiva, ya no hubo sosiego para nadie.

Alguien decía que el difunto debía una vida. Otro, que dinero. Quién, que le había pegado a la madre. Una vieja, que era porque no había querido la extremaunción. Otra que, como lo habían asesinado, no tendría paz hasta que no hallaran al asesino.

Los que lo llevaban en hombros se negaron a dar un paso más con aquel muerto tan inquieto, y lo pusieron en media calle.

Foco a poco, la gente fue alejándose, incluidos los familiares más cercanos, temerosos de que ocurriera algo fuera de lo normal, si era que todo aquello podía concebirse como normal.

Expectantes, desde la acera veían, temiendo como que el muerto se levantara y se pusiera a corretearlos.

En la penumbra del atardecer, el ataúd en media vía, estático, tétrico, insólito.

Y en esa misma penumbra, un carro a toda velocidad. En su choque contra el ataúd, el conductor salió despedido y fue dejando su vida tirada entre el pavimento y la acera.

En el semidestruido vehículo, la policía halló el arma con que habían asesinado al que tan extrañamente se comportó en su ataúd.

## EL AULLIDO

Dicen que si uno se pone en los ojos lágrimas de un perro que aulla, ve lo que el animal está viendo.

Dicen, asimismo, que quien asesina una vez, lo puede seguir haciendo sin muchos escrúpulos.

Y dicen también que el que mata a un perro que ha criado desde cachorro, es capaz de matar al ser más querido.

Pensaba en tales creencias, cuando oí aullar al perro. Eran, exactamente, las dos de la mañana. Lo recuerdo por el programa que estaba pasando el *Discovery* a esa hora.

Me levanté, cargué el revólver, lo llamé, vi que algunas lágrimas le rodaban y, más por bromista que por creyencero, mojé mis ojos con ellas.

De momento, nada sentí ni observé nada anormal, solo el entorno un poco opaco y vacío; pero lo atribuí a la hora.

Cerré y abrí los ojos varias veces y me los limpié con el pañuelo.

En ese instante, se me abrieron las fosas nasales hasta percibir el aroma más lejano; mis ojos pudieron romper la oscuridad, como si estuvieran en un crepúsculo; mis oídos escucharon el palpitante de la tierra, suave y rítmico y, al caminar, al caminar, me percaté de mi situación: yo era el perro.

De la desesperación, me puse a gritar y a llorar; pero sabía que solo aullidos emitía.

Ahora sé por qué aullan los perros en las madrugadas solitarias.



## EL TATUAJE

No sé si la moda, su juventud o el esnobismo lo indujeron a hacerse un tatuaje en el brazo derecho.

Era una cobra, enroscada sobre sí misma, con la cabeza erguida, a punto de atacar.

Bien visto, era toda una obra de arte, por la, cual había pagado mucho dinero.

Quizás esa circunstancia o la belleza del diseño, hacían que su poderoso tórax lo exhibiera orgulloso.

Una vecina que lo espiaba desde su cuarto, vivía fascinada con el realismo de la víbora que, ya no enroscada sobre sí, sino alrededor del muslo izquierdo, parecía contraerse cuando él hacía ejercicios.

En el club más caro de la ciudad, no lo aceptaron, porque era prohibido que los miembros tuvieran un tatuaje, y más en zona tan visible como la espalda.

Un día, en el bus, la mayoría de pasajeros lo vio llevarse las manos al lado del corazón y caer, la cara contraída, los puños crispados.

Le rasgaron la camisa y quedaron como embrujados al ver el hermoso tatuaje que ostentaba en el lado izquierdo: una cobra con los colmillos sangrantes y una mirada de placer en sus lacerantes ojos.

## **LA CABRA SIEMPRE TIRA AL MONTE**

El dichito ese no le caía nada bien, así que la la cabra, deseosa de desmentirlo, se vino para la ciudad.

Apenas llegó a la carretera principal, un bus la atropello.

En los temblores de la agonía, le pedía a Pan y a Amaltea que el paraíso fuera un extenso monte donde pudiera refugiarse para siempre, lejos de los peligrosos inventos de los humanos.

## LA MALDICIÓN

Era un vago de antología, y estaba seguro de provenir de una familia real. Algo se lo decía: un hormiguelo histórico; un vuelco del corazón, cada vez que contemplaba la estatua de Carlos IV; un delirio de grandeza que lo acompañaba siempre; un deseo insatisfecho de no hacer nada.

Quería pregonarlo a diestro y siniestro; pero las conjeturas no son pruebas.

Por eso, pese a su culto analfabetismo, averiguó cuanto pudo de sus antepasados, sin hallar nada singular.

Descendía de carniceros, truhanes, verduleros y saltimbanquis, que de «real» lo único que tenían eran las sinvergüenzadas que tramaron para medio sobrevivir.

Creyó que debía haber un error, y así se lo hizo saber al mejor genealogista de la ciudad.

Este revisó actas, libros, ordenanzas y legajos, y le dijo:

—De acuerdo con lo investigado, parece que usted sí descende de reyes. Si es así, sobre usted pesa una terrible maldición, semejante al suplicio de Tántalo, excepto que renuncie a su condición real.

Y el ilustre individuo no dijo más.

—¿Tántalo fue al que le cayó una teja que llevaba un águila? ¿O fue el que murió desnucado por una quijada de burro? ¿Sería el que construyó el arca y se acostó con la mujer de Adán? ¿O el que inventó la Inquisición?

—No -le dijo un anciano que se encontró en la calle- Tántalo fue el rey de las Mil y una noches. Su suplicio fue nunca poder saber el final de un largo cuento.

Consideró que aquello no era un suplicio, y siguió preguntando.

—Tántalo fue el buen ladrón. Su suplicio fue morir crucificado.

Se horrorizó al oír de tal tormento; pero, para estar seguro, se acercó a un adivino.

—Hijo, el suplicio de Tántalo pesa sobre ti como la espada de Damocles.

Ahora sí que estaba listo. Ya no solo tenía que preocuparse por Tántalo; ahora también importaba Damocles.

—Señor, ¿me podría informar sobre Tántalo y Damocles?

—No los conozco. Yo acabo de llegar al barrio y todavía no he hecho amistad con nadie.

—Joven, ¿usted sabe quiénes fueron?

—Sí, en el colegio nos hablaron de ellos. Uno jefaba una banda de cuarenta ladrones. El otro era escultor.

—¿Y en qué consistía su suplicio?

—El ladrón estaba obligado a guardar castidad, y el escultor tenía que moldear una estatua que hablara. De lo contrario, se le cortarían los testículos a uno y las manos al otro.

—Eso es falso, señor. Este muchacho lo está engañando. Tántalo fue un filósofo griego que vivió antes de Cristo. Tuvo que subirse a una pirámide para calcular su altura, y en cuartos, pues todavía no existía el metro, y Damocles fue un jugador de ajedrez, cuyo suplicio consistía en tener que jugar con piezas vivientes, pero con los ojos vendados, en un tablero lleno de trampas mortales.

Bueno, esos suplicios son terribles; pero una persona cuidadosa puede eludirlos. Así que no me preocupan. Haré un último intento con esta señora.

—Usted, señora, ¿sabe algo de ellos? —Sí. Fueron los mellizos que fundaron Roma.

—¿Y cuál fue su suplicio?

—Trabajar día y noche haciendo casas, edificios, calles, acueductos, templos, y trayendo gente de toda parte para poblar la nueva ciudad.

—¡Terrible suplicio ese. Líbreme Dios de sangre real o de coronas!

Y, creyendo conjurada la maldición, se fue feliz para su casa.

## CAÍN Y ABEL

Son casi las dos de la mañana. Hace ya algunas horas tomé esta fatal decisión, de la cual, con absoluta seguridad, nunca me arrepentiré. Estoy en el puente más elevado, desde donde cualquier salto es mortal.

Setenta y cinco o cien metros más abajo, corre el río del olvido y de la liberación.

Dejé el auto convenientemente orillado, como con una avería, por si alguien pasara. Posibilidad remotísima, dada la hora y el lugar.

Mañana, cuando encuentren el cadáver -o sus desperdigados miembros- ya nada se podrá hacer.

¿Por qué esta situación? Por mi hermano. Él siempre fue el culpable de mi desgracia: mató a mi madre al nacer; hizo que mi padre me odiara; me arrebató a la novia más adorable que se pueda tener; me alejó a casi todos los amigos. Ahora, la gota que derramó el vaso, como dicen, es esa enorme cuenta que tengo que pagar, porque él se declaró en quiebra esta semana. Ayer, cuando me llegó el cobro, ayer, tomé esta decisión.

¿Para qué seguir así, con la solapada rabia de haber perdido novia, amigos y dinero?

Mejor acabar con todo y olvidarme de que tuve un hermano.

Para que se sintiera culpable, fui a despedirme de él y a echarle en cara su egoísmo, su falsedad, su odio solapado -pero firme- contra mí. Lo encontré borracho. Bien borracho, feliz, dicharachero, como si nunca hubiera hecho nada malo.

Y, como para humillarme más, me dijo: —Hermano, no sabes cuánta alegría me da verte. De veras, no lo sabes. (-¡Hipócrita!-) Tanta, que voy a revelarte un secreto: yo no estoy en quiebra, y vos sos mi heredero universal. Si yo muriera, serías uno de los hombres más ricos; pues todo lo que tengo está a tu nombre.

—Eso me lo dijo hace como tres horas.

Ahora, yace en el fondo del río -no sé si entero o desmembrado- y con él, todos los sufrimientos y amarguras que me causó.

Papá siempre se lo dijo:

—«Hijo, no tomes. El licor solo problemas te traerá». Y yo añadiría: «Y contar secretos, también».

## LA PALOMA

Cuando niño, asistí con mi abuelita a casi todos los entierros del pueblo.

En el momento en que depositaban el ataúd en la tumba, yo volvía a ver hacia arriba, con la esperanza de mirar el alma del difunto, en forma de paloma, subir al cielo.

(Bueno, eso me lo había contado Abuelita).

A raíz de esa infantil creencia, siempre he visto a las palomas como animales extraños. Por eso, cuando una comenzó a llegar a mi cuarto, sentí una cierta aprehensión: se paraba en el alféizar y veía todo con detenimiento, como haciendo un inventario.

Soy poco observador, así que me costó mucho tiempo enterarme de que la que llegaba no era siempre la misma, y más trabajo aún, asociar su arribo con una muerte.

Cada vez que se posaba: o alguien acababa de morir o estaba por hacerlo.

Después, me enteré de que también el color jugaba un papel trascendental: si blanca, moría o moriría un niño o un anciano; si azul, una joven; si café, un adolescente; si gris, alguien del clero; si negra, un malhechor. Y lo más terrible: si a la dichosa paloma la espantaba un gato, la muerte sería trágica.

Para averiguar y comprobar todo esto, tuvieron que pasar varios años y muchas muertes. '

Una madrugada, a la una y treinta y cuatro<sup>1</sup>, oí su aleteo más fuerte que de costumbre. Abrí la ventana y ahí estaba: pero no tenía color; era transparente. Sí, a través de ella podía ver el borde de la noche recostarse en los árboles dormidos.

No tuve que pensarlo mucho. Esa paloma lo único que podía anunciar era mi propia muerte.

Para peores, cuando ataba cabos, el gato, de un zarpazo, la desplumó.

Un sudor y una agitación terribles me asfixiaban. Mi muerte, y trágica.

Desde entonces, aquí estoy, encerrado en mi cuarto, terminando este relato y corrigiéndolo continuamente antes de que la muerte llegue, con la esperanza de que no sea trágica (aunque, ¿qué más trágica puede ser una muerte preanunciada?) y de que alguien me encuentre a tiempo y dé a mi cuerpo cristiana sepultura (si es que las sepulturas profesan alguna fe).

## EL MENSAJERO

Vengo a comunicarle su muerte. Lo dijo así, tan naturalmente, como si anunciara clubes de viajes, libros o muebles.

—¿Quién es usted? (Era lo menos que yo podía saber).

—No me está permitido revelárselo.

—¿Quién lo manda?

—Tampoco puedo decirlo.

—¿Cuándo será?

—No lo sé. Solo le puedo comunicar que usted morirá pronto, más pronto de lo que cree.

—Siempre se muere demasiado pronto.

—Déjese de frasecitas innecesarias.

—¿Por qué, entonces, me lo comunica? ¿No es que uno de los atractivos más grandes<sup>1</sup> de la muerte -si no el máximo- es no saber cuándo llegará?

—No sé. Únicamente me ordenaron buscarlo y decírselo.

—¿Tardó mucho en encontrarme? (En realidad, preguntaba por preguntar; pero me sentía ridículamente tonto).

—Como una semana.

—¿Qué clase de mensajero es usted, que tarda tanto para dar un recado de esa trascendencia?

—Vengo de muy lejos.

—No es excusa. Ahora hay medios electrónicos de gran precisión. Yo los tengo todos y en las guías aparece mi nombre.

—Me ordenaron comunicárselo personalmente, y aquí estoy.

—¿Qué fue, exactamente, lo que le dijeron que me dijera?

—Busque a Juan Pérez y le informa que su muerte será pronto, más pronto de lo que se imagina.

—¿Tiene usted una idea de cuántos «Juan Pérez» hay en todo el mundo de habla hispana?

—No. Mi lengua materna no es ésa.

—Y, por lo visto, de quien lo envía tampoco. Además, y escuche bien esto: «Yo no soy Juan Pérez». (Y se lo dije recalcando muy bien cada sílaba).

—Entonces, ¿usted quién es? —Adivínelo.

—Bueno estoy para adivinanzas. ¿Qué puedo hacer?

—No sé. Ya su Juan Pérez debe haberse muerto, y usted aquí, haciendo tonto, sin saber qué hacer. Bonito mensajero es usted.

—No me maltrate así. Yo solo cumplo órdenes.

—Pues vaya donde su amo y le dice que en otra ocasión sea más exacto; que no le ande pegando sustos a la gente inocente.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque si no he dado el mensaje a quien corresponde, no debo regresar. Tendré que descender en mi transmigración hasta que mi falta sea purgada.

—Pero no fue culpa suya.

—Sí, lo fue. Parte de mi entrenamiento es prever todas las situaciones que a uno se le pueden presentar. Y, como ve, yo me equivoqué de persona, de nombre, seguro de época, de lugar y ni para qué le sigo diciendo.

El pobre estaba afligidísimo. Agachó la cabeza, dio media vuelta y sin despedirse, se fue por entre los árboles del jardín, con miedo, tal vez, de llegar a ser cucaracha, hormiga o abejón.



## UNA PELÍCULA DE TERROR

Dios torna invisible al que quiere proteger. Eso pensaba viendo el cadáver de su marido en el ataúd.

Por lo visto, Dios no lo quiso proteger, puesto que la bala le había atravesado el corazón.

—Y esto que todos los días se lo encomendaba. Cada vez que pensaba en él, decía para mis adentros: «Dios lo proteja, esté donde esté». Yo sabía que no andaba en malos pasos; que era de su casa a la oficina y de aquí al cine, al que iba casi todas las noches; sobre todo, si daban una película de terror. A las 9:50, ya estaba aquí. Yo le daba de cenar y después se iba a dormir. Mi televisión veía. Pobrecito, siempre llegaba tan cansado. Y vea cómo vino a morir. Algún maleante, para robarle, le disparó.

—¿Pero ustedes no le han dicho a esa pobre mujer que su esposo murió en un motel! asesinado de un balazo por un marido engañado?

## DESPUÉS

Después de la tercera guerra mundial, quizá la más estúpida de todas, si es que alguna guerra fue, alguna vez, medio inteligente, Dios, cansado, harto, horrorizado, de haber creado al hombre (-y a la mujer, claro), decidió quitarles la inteligencia a todos los humanos (-y a las humanas, también).

¿Cómo lo hizo? Para él, todo es siempre sencillo: por mutación.

Debido a la fortísima (-o «fuertísima») radiación habida, se produjo un insospechado cambio genético y en menos de una generación, ¡zas!, lo que debió haber hecho desde Adán y Eva: el hombre sin inteligencia.

Ahora sí estaba en igualdad de condiciones con los tontos animales. Ahora, a ver qué va a destruir o a echar a perder o a ensuciar.

Pero no estaba en igualdad de condiciones. También por mutación, todos los animales comenzaron a razonar.

De pronto, una Piapia se enteró de que el átomo era divisible.

El Abejón casi se muere cuando tuvo la intuición de lo infinito.

El Cocodrilo comenzó a preocuparse por Dios, la inmortalidad y el alma.

Una Lechuza escribió una poesía de pintoresco nombre, en la que renegaba de las diferencias sociales... y las Chachalacas la alabaron a más no poder.

El Alacrán, por vez primera, pasó muy lejos de unas Gallinas, y éstas, junto con el Pavo, el Cerdo y el Pato, armaron un tremendo jolgorio al verse libres de cuchillos y hachas asesinos.

Un Tiburón, una nutria y un Pez Espada quedaron arrobados ante la belleza del ocaso, cerca de una isla perdida.

El León fue destronado en menos de lo que se imaginó.

Su vacante la ocupó una Hiena, nombrada por el Elefante aduciendo razones democráticas.

Este comenzó a hablar de la necesidad de un ejército -y a muchos les encantó la idea-.

La Culebra vio que se podía ganar la vida fabricando suero antiofídico.

Una Rana puso un salón de baile, en el que las pobres golondrinitas eran obligadas a bailar, apenas semicubiertas con sus alas, hasta deshoras de la madrugada.

El Buzo anunció con gran alharaca la apertura de un prostíbulo, al lado del cabaré de la Rana.

La Comadreja andaba de calle en calle exigiendo el voto para las hembras, una ley de igualdad real y la liberación inmediata de todos los voluntarios que formaban el ejército elefantil.

El Zopilote era el inspector de higiene.

La Tortuga propuso la creación de varios códigos, con el objetivo de regular el desarrollo de la nueva sociedad.

Idea que fue rechazada ad portas por un grupo de Coyotes.

El Jilguero abrió una escuela de canto, a la que solo asistían un Cuervo, un Tucán y una Lechuza.

Una Becerrita armó un terrible berrinche, porque sus papas no le permitieron ser amiga de la Rana.

El Galán sin Ventura ofreció una fortuna a quien le presentara la novia más exquisita del contorno.

De más está decir que no hubo candidatas ni premio.

El Tejón y el Armadillo, urgidos de dinero, decidieron abrir un templo y predicar todas las noches, lo cual fue muy celebrado por casi toda la comunidad.

El problema se presentó cuando ninguno de los dos pudo ponerse de acuerdo para escoger el libro sagrado en el cual basarían sus sesudas prédicas.

Entonces, un selecto grupo de iluminados, entre los que se hallaban Morsas, Sapos,, Arañas, Gusanos y Zorrillos, optaron por escribirlo, con tan mal tacto que, al colocar al dios creador en el principio de los tiempos, las Morsas querían una Morsa; los Sapos, a un Sapo, y así sucesivamente. Hasta que tuvieron que llamar a un Cerdo, sobreviviente de mil banquetes, el cual propuso con gran solemnidad e inteligencia, que el dios primigenio fuera abstracto. Así cada uno lo concebiría como quisiera.

La idea fue aplaudida por todos, y el famoso libro comenzaba diciendo:

*«Él Invisible, el Intangible, él Intocable, el Infinito, el Creador de Cerdos, Morsas, Sapos, Arañas, Mariposas, Zorrillos y demás especies inteligentes, contemplaba su alrededor, rodeado de la nada...»*

Lo cual inspiró el primer sermón del Armadillo sobre el origen de dios, del tiempo y de los animales, pieza de oratoria obligada en las lecciones de exegesis que dictaba el Tejón en la cátedra sagrada.

En las horas de culto, el encargado de recoger el diezmo era el Canguro; pero algunos sospecharon que se dejaba un alto porcentaje escondido en los pliegues de su bolsa.

Por eso, en una de las reuniones más candentes que hubo, el Buchón propuso ser él el limosnero mayor. Prerrogativa que exigía para sí y su familia un Orangután enorme, de rostro nada amistoso y manos nada queditas.

Pero por su tenacidad y esfuerzo, fue escogida la Hormiga. Desde entonces, los ministros vieron una peligrosa disminución de sus ingresos.

—¿Y el hombre (-y la mujer)?

—Ni me hable de ellos, decía un viejo Buey.

—Ni me los nombre, repetía un Gato mientras se abrigaba bien con la piel de una dulce Ovejita.

—Para mí, como si nunca hubieran existido -sollozaba una Foca.

—Bueno, pero ¿qué fue de ellos?

—Están pagando todo el mal que hicieron.

—¿Cómo?

—Nos sirven exactamente igual que nosotros a ellos -me dijo con aviesa sonrisa un Rinoceronte-. Son nuestros animales de carga; nuestra comida; nuestros guardianes.

—Pero veo que no están solos.

—No. Desgraciadamente siempre hay traidores -rezongó una Ardilla- el Perro no quiso apartarse de su lado. Es el único que les habla, les prodiga caricias, duerme con ellos. Este sí seguirá siendo un animal toda su vida. Ya no tiene remedio.

## EL MENDIGO

Había una vez un hombre que, sentado en las gradas de un banco, pedía limosna.

Pasó una monja y nada le dio. Tampoco un caballero común y corriente. Una pobre mujer, como la viuda del Evangelio, fingió no verlo. Lo mismo hizo el señor gerente general del banco.

Pero un grupo de señoras, de las que dirigen las obras de caridad, sí lo vieron directamente...y se escabuyeron.

El pordiosero, viendo tanta mezquindad, dijo:

—Ah, si me fuera dado, por un solo día siquiera, tener dinero, mucho dinero...

Esto fue lo que dijo, y se sintió, dentro de su gran amargura, complacido.

Entonces pasó una viejita y le dio unos pedazos de lotería:

—Toma, tal vez vos sí tengas suerte y entre los dos podamos agarrar una buena fortuna.

Guardó con desdén los pedacillos, y continuó con su habitual situación de espera.

Un adivino que iba por ahí, volviéndose hacia él, le dijo:

—Nada te doy, porque nada tengo. Pero sí puedo leerte la mano.

Se la extendió, también con desdén -o cansado de extenderla tanto-, y el quiromántico profetizó, horrorizado:

—¿Qué veo? Millones. Como veinte o más millones. ¡En menos de veinticuatro horas, te verás cubierto de millones!

—¿Qué lo horroriza, entonces?

—Que junto con el dinero, te vendrá la muerte. Una muerte cruel.

—¿Qué muerte no lo es?

—Te masacrarán. Te aplastarán.

—¿Quién? ¿Por qué?

—No sé. Solo veo tu muerte, y después de ella, la nada.

El adivino se fue, huyó, entre la multitud como si quisiera desaparecer para no seguir viendo lo que a todos nos está vedado vislumbrar siquiera.

Viéndolo huir así, el mendigo sonrió, sacó los pedazos de lotería, les prendió fuego y con ellos encendió una chinga de puro que alguien había botado. Y dijo:

—«Quitándose la piedra, se quita el tropezón».

—No señor, no se quita así como así una piedra que ha mucho fue puesta ahí para que tropezaras -le dijo la viejilla que le había regalado la lotería-.

—Si, como me profetizaron, voy a ser millonario y a morir a causa de ello, ¿para qué quiero plata? Por eso, destruí los tuquitos que usted me dio. Ahora me voy. Han sido demasiadas experiencias en un solo día.

—¡No te moverás aún de aquí! ¿Quién te dijo que el dinero te vendría de ese número que te di?

—¿Entonces?

—Entonces nada. Que sos el tonto más imbécil que hay.

—¿Quién es usted?

—No te importe saberlo. Te regalé los pedazos para tratar de desviar tu mala suerte. Pero ahora, ya nada puedo hacer.

—¿Sabía usted que iba a ser el premiado?

—¡Qué va a ser! Únicamente pensé que con ese número y las palabras que te dije, te levantarías de aquí y te irías.

—¿Y la predicción del adivino, de que sería millonario en menos de veinticuatro horas?

—Se cumplirá; pero ya no puedo ayudarte.

—Si usted sabía sobre mi suerte, también debe saber sobre el adivino.

—Sí, lo sé. Desgraciadamente para vos, ambas suertes están cerca: la mala, con muchos millones. La buena, con la muerte.

—No entiendo nada.

—Ni yo. Pero así será.

Y así fue. Sobre la triste humanidad del pordiosero fue a dar un carro blindado que huía de unos ladrones, y que transportaba millones hacia el banco.

## PERRO QUE LADRA...

El rótulo, más que elocuente, se veía desde lejos:

¡PERRO BRAVO!

Era común que el perro de la casa, para alardear de su condición, se exhibiera cerca de él.

Pero he aquí que un día, una asustadiza gallina que se hacía la valiente, le preguntó de sopetón:

—¿Qué tan bravo sos vos?

El perro se quedó alelado. Primero, porque le estaba hablando una gallina, y segundo, porque lo estaba tratando de «vos»; prerrogativa que solo su amo tenía.

Así que, recalcando muy bien cada palabra, replicó:

—No sé. Aunque fui educado en la mejor escuela, no sé hasta dónde llegue mi bravura. Apenas veo a un extraño, ladro y ladro, y como que la gente no quiere probar qué tan bravo soy. nunca nadie se ha atrevido a pasar cerca de mí. ¿Usted qué piensa?

Claro, ese «usted» fue dicho con el alma.

Pero la aviesa gallina, frívola, etérea y ya completamente desinhibida, clavó el puñal:

—¿Conoces el dicho: «Perro que ladra...»?

Aquello fue un auténtico golpe bajo. El perro tragó saliva. Miró el rótulo. Vio a la gallina, que se hacía la indiferente picoteando por aquí y por allá, y pensó :

—«Perro que ladra no muerde» ¿No muerde, porque mientras está ladrando no puede hacerlo o, por regla general, si un perro ladra es señal de que no va a morder?

La gallina seguía haciendo que hacía, así que el perro prosiguió pensando:

—A esta atrevida, con solo que le ladre, la mato. Mi se diga si la muerdo.

No sé por qué, pero la gallina coligió el canino pensamiento y lanzó esta cortina:

—¿Verdad que ustedes y los lobos son parientes?

El perro se volvió a quedar asombrado. ¿Su vecinita lo estaba ofendiendo o alabando?

—Se lo pregunto, porque ustedes son muy parecidos. Yo vengo de una granja en la que había lobos. Terribles animales. Los conocí muy bien. Y viéndote a vos, es estar viéndolos a ellos.

—¿De veras?

Conque la gallina ésta había viajado. Conocía mundo. ¡Quién lo diría! Lo comparaba con el lobo, su lejanísimo pariente. Pero, ¿lo hacía como alabanza? El lobo es sanguinario, implacable, asesino nato. Desde esta perspectiva, para mí es un halago. Pero también el lobo es perverso, traidor. Mamá nos contaba (mientras, la gallina seguía en su obstinado picoteo) de un lobo que mató a unas ovejitas, vistiéndose con la piel de una de ellas. Y también nos narraba de una pobre niña que, perdida en el bosque, había sido violada por un lobo y la abuelita tuvo que obligar al lobo a casarse con ella. El maestro de música, el que me enseñó a ladrar y a aullar, nos ponía el ejemplo de otro lobo que comía indefensos animalitos del bosque y de un cazador, llamado Pedro, que lo mató. Sí. Los lobos son malos. La gallina me quiere decir, subliminalmente, «malo, pervertido, hipócrita, cobarde».

La gallina, de, nuevo muy previsor, ya se había alejado un poco más.

Cuando el perro quiso alcanzarla, no pudo.

—Ya verás, le dijo, algún día pasarás por aquí y te vas a dar cuenta de si soy bravo o no.

—(Perro que ladra no muerde!, repitió la gallina, y menos vos que perdés tu tiempo hablando conmigo, en vez de estar cuidando la propiedad de tu amo.

Desde entonces, me cuentan, el perro se volvió una fiera, pero solo contra las gallinas.

Al pobre amo, no le quedó más que quitar el hermoso rótulo que había puesto con tanto orgullo.



## LA MUERTE

Cierta vez, un perro supo, de misteriosa manera, que su amo moriría al día siguiente.

Con mucha angustia, se lo comunicó a sus compañeros:

—Sé que nuestro amo morirá mañana. ¿Conoce alguno la manera de evitarlo?

Todos se volvieron a ver, azorados, y comenzaron a hacer conjeturas.

—Hice una pregunta. ¿Alguno tiene respuesta?

—Antes, dínos, ¿cómo lo supiste? —Eso no viene al caso. Sé que va a ocurrir, y quiero salvarlo.

—¿Puede alguien salvarse de la muerte?

—Nadie. Pero debe haber una manera de retrasarla. Es un hombre muy joven y bueno. No merece morir todavía.

—La muerte no contempla calidades de ninguna especie y, si morimos, es porque lo merecemos.

—No vamos a discutir eso. Solo quiero saber si alguno de ustedes puede ayudarme a vencerla.

—Yo no me atrevo a ir contra el destino, por más que sea a favor de mi amo. Siempre que uno se opone a lo inevitable, lo paga demasiado caro.

Quien habló fue un Bóxer.

—Yo quiero ayudarlo -dijo un Pequinés -pero soy muy pequeño.

—No importa estatura, edad o sexo para ayudar. Lo que urge es que nuestro amo no muera todavía.

—¿Por qué no le preguntamos al Buho? La gente lo tiene como sabio.

Y el Buho dijo:

—Por más sabio que yo sea -y carraspeó con gran donaire- no conozco una sola manera de evitar la Muerte. Tal vez la Lombriz, por vivir en la tierra, sí.

—No sé nada de ella -aseveró la Lombriz- ni bueno ni malo. Nunca la he podido ver, ni siquiera cuando he entrado a las tumbas. De seguro, la Víbora sí, pues ella la lleva en sus colmillos.

—¿La Muerte? No sé qué es eso. Nunca nadie nos habló de ella. Debe ser una presa muy grande para mí, y no me interesa entonces. Es posible que la Paloma, que todo lo ve, les pueda informar.

—Mis queridos amigos, siento no poder ayudarlos. Me está prohibido hablar de la Muerte.

—¿Quién se lo ha prohibido?

—Nuestro padre. Él dice que nadie debe hablar de ella para no provocar su ira. Por eso, tengo que callar.

—¿Pero usted la conoce?

—Sí, claro. La conozco. Sé, incluso, cómo llegar hasta ella. Pero no puedo decírselo. Lo siento.

—Ayúdenos. Es una emergencia.

—No puedo.

—Dejen a esa bocona, ¡qué va a saber nada de la Muerte!

-Ladró un Pastor-.

—Estamos como al principio.

—No. Algo hemos avanzado. Si la Paloma dice que la conoce, tal vez la Mariposa también. Ambas rondan territorios parecidos.

Y dijo la Mariposa:

—Si, la conozco. He entrado a sus dominios y salido de ellos más de lo que yo quisiera. Claro que la conozco, y los puedo guiar hasta su morada.

Los perros saltaron de gozo.

—¿Queda muy largo? -preguntó un Maltes-.

—No. No es largo. Pero para llegar allá, hay que metamorfosearse, como lo he hecho yo.

—¿Qué es eso?

—Cambiar de forma, morir y renacer luego.

—Imposible.

Y los perros volvieron a entristecerse. Entonces, el perro más viejo, un Dóberman, dijo:

—Tal vez tenga razón. Será preciso que uno de nosotros muera para llegar hasta ella y pedirle la vida de nuestro amo.

Todos estuvieron de acuerdo, y una noble Policía se ofreció a morir.

—¿Cómo querés que te matemos?

—Me da igual.

—Los humanos usan armas o venenos.

—Me es indiferente. Puedo ahorrarles ese trabajo. Yo misma me tiraré al mar desde ahí, desde esa roca.

Ya era muy de noche, cuando los animales se reunieron en el acantilado para acompañar a la perra en su extraña misión.

—Recordá, estamos con vos.

—¿Qué le digo a la Muerte?

—Que perdone a nuestro amo. Que le dé muchos años más de vida.

Y la dulce Perra se lanzó a la Muerte, tan en silencio como había llegado a la vida:

«Y entonces, vio la luz. La luz que entraba por todas las ventanas de su vida.

Vio que el dolor precipitó la huida y entendió que la muerte ya no estaba».

J.L. Martín Descalzo

No. La Muerte no estaba. La buscó y preguntó por ella. Nadie supo darle razón.

—¿Ahora, qué? Bien me encuentro. Muerta sin Muerte. ¿Y mi amo? ¿Y mis amigos que confiaron en el éxito de mi viaje? ¿Quién me va a creer que en el país de la Muerte no encontré a la Muerte?

—Yo te creeré.

El que hablaba era un hombre joven, robusto, moreno, y de ojos oceánicamente negros.

—Yo te creeré; pues la Muerte, tal y como ustedes la conciben, no existe. Quizá por miedo o por religión -al cabo, lo mismo-se imaginaron la muerte sombría y tétrica, guadaña al hombro. No es así. Incluso, aquí nadie la conoce con ese nombre. Yo soy la Muerte. ¿Me ves, acaso, como esqueleto o como momia envuelta en jirones?

La Perra estaba asombrada.

—Soy el Señor de la Eternidad, no de la muerte. Si quiero -y voy a quererlo- te devolveré a la vida para que se lo contés a tus amigos. Pero no podrás salvar a tu amo, porque no lo he llamado yo. Él es el que quiere venir y, cuando alguien da ese paso, nadie puede impedirlo. Ni yo.

—No importa que venga, entonces. Este llagar será para él placentero.

—Te equivocas. Cuando un arribista llega a un banquete, se le echa a puntapiés, ya que nadie lo invitó. Eso le pasará a tu amo. Él no será bienvenido. Él sí conocerá la muerte, tal y como ustedes se la imaginan, y yo nada podré hacer para evitarlo. Él no se placera en estos lugares, irá a otros, de espantosa visión.

—¡Sálvelo entonces!

—Ya te lo expliqué: el que muere por su propia mano, tiene que ser castigado.

—Yo escogí morir, y usted no me ha castigado.

—Sí. Lo vas a ser. Volverás a la vida, como te lo dije. Ese será tu castigo. Y vagarás sin tu amo, sabiendo que él está muerto. Auténticamente muerto. Y ninguno de tus compañeros creerá tu historia. Antes bien, sospecharán que viniste aquí en beneficio propio. Esa es la ley y debo cumplirla. Ese será tu castigo.

## LAS TRES

Se llamaban Chayo, Lela y Mila; no, Cloto, Láquesis ni Átropos, aunque bien hubieran podido llamarse así. Ya sabrán porqué.

Eran hacendosas mujeres, muy de hogar y de iglesia. Toda su vida se habían dedicado a la caridad y a los chismes, mancuerna que viene desde hace siglos.

No se les conocía hombre, lujos ni vicios que, sospechosamente, también han estado muy ligados desde Eva y Adán.

Sin embargo, una vez, las tres se vieron envueltas en un enredo extrañísimo que no se pudo descifrar: a la entrada de su casa, apareció un hombre muerto, envenenado, que nadie conocía ni había visto nunca por ahí.

Las pobres mujeres, solas e inexpertas, casi terminan en el Psiquiátrico.

Pese a esa crisis nerviosa, supieron contestar muy bien a las preguntas de los reporteros y d<sup>a</sup> la policía: se acostaron a las siete, después de reír zar el Rosario, y se durmieron, como de costumbre, casi inmediatamente. Al día siguiente, fue el alboroto. No, ellas nunca habían visto a ese hombre. Tampoco sabían nada de venenos ni conocían, bíblicamente, a ningún varón.

Para aparentar que medio hacía algo, la policía montó un retén cerca de la casa de ellas; pero nunca más volvió a ocurrir nada fuera de lo normal -si es que es normal una vida tan monástica en esta época-.

Ya sesentonas, decidieron viajar. El párroco fue el primero en alentarlas:

—Viajen. Bien merecido se lo tienen. Visiten los templos marianos que puedan: Guadalupe, Zapopan, Lujan, Coromoto, la Caridad, Altagracia, Suyapa, Chiquinquirá, el Rocío, el Pilar, la Macarena, Covadonga, Loreto, Lourdes, Fátima y, de paso, vayan a ver al Papa. Eso sí, de cada santuario, me traen una reliquia.

Las vecinas murmuraban:

—¿Cómo se les ocurre viajar a esas edades? ¿Qué haría una si dos se enfermaran? ¿Qué harían las otras, si una muriera tan lejos?

—Estas se van a perder.

—¿Pero tienen tanto dinero?

—¿Adonde es que van?

— ¿De veras irán solas?

—¿Es cierto que una de ellas se va a inseminar para dejar un heredero?

—Bueno, sería el Anticristo.

—No creas, ahora las mujeres podemos ser madres después de la menopausia.

—Lo repito: el Anticristo.

—¿Supistes que van a retirar otra herencia en Suiza o en Suecia -siempre las confundo- de un tío que se fue para allá?

—Te pasan las mías. Yo siempre confundo Austria y Australia. No. La herencia es en Perú.

Tampoco los varones se quedaban atrás en cuanto a chismear:

—¿Vieron que las tres beatas van a pasear? —¿Verdad que vos te echaste a la menor? —¿Cuál es la menor?

—Mila.

—Ah no, yo estuve con Chela. -¿Vos?

—Con las tres. ¡Qué mujeres! Fuego. Fuego puro. Creo que a esta edad, queman más que nunca, pues son los últimos cartuchos.

—¿Y a qué van?

—¿A qué eres vos?

—¿Cuál es la que tiene un lunar en la pura rabadilla?

—No me digas. ¿En la rabadilla? ¿Y qué andabas haciendo por ahí?

Y los hombres reían de su hombrada.

Es extraño: hay lugares donde la gente no puede hacer nada, porque todo el mundo se entera inmediatamente. En este caso, las vecinas nunca sospecharon siquiera, lo que sus maridos comentaban.

¿Y el cura? ¿Qué sabía el cura? ¿rio era él su confesor?

—Unas santas mujeres. En la comunidad, no hay otras como ellas.

—Padre, ¿y lo que dicen los hombres?

—Repito: santas mujeres.

Quedamos en la misma. ¿Por qué no se lo preguntamos a ellas? Tal vez, cayéndoles de sopetón, se confundan y no sepan qué decir.

—Imposible, no hay un solo lugar en que podamos interrogarlas sin levantar las sospechas del vecindario.

—Yo sí. Yo me atrevo a hacerlo. Iré a su casa y, antes de que se vayan de viaje, las interrogo sobre su vida privada.

—¿Para qué vas a hacer eso? ¿A vos qué te importa la vida de ellas? Déjalas. Sea como sea, las tres son buenas, o desde el punto de vista del padre o desde el nuestro ¿Para qué molestarlas?

—Yo voy. Simplemente, quiero saber.

Y fue. Y apareció muerto, al día siguiente, a la entrada de la casa, envenenado, sin que nadie supiera nada, absolutamente nada.

—Oiga, ¿y el viaje?

—Ah, el viaje. ¿Cuál viaje?

—El que iban a hacer las hermanas.

—Ah, el viaje. Bueno, sí. Siempre lo hicieron, pero a la cárcel; porque se les comprobó que ellas habían sido las asesinas.

—¿Cómo es eso? ¿Por qué?

—No se sabe. Se cree que las tres son unas psicóticas terribles. Pero mejor anda y se lo preguntas a ellas.

Se llamaban Chayo, Lela y Mila; no, Cloto, Láquesis ni Átropos, aunque bien hubieran podido llamarse así. Ya supieron porqué.

## CAYETANO

Usted conoce la historia de Cayetano, ¿verdad? —No.

—¿Desea que se la cuente?

—No.

—Pero es muy extraña. Es de un hombre que quiso ver el futuro.

—No me interesa.

—Él deseaba saber qué le ocurriría dentro de diez años.

—Ya le dije que no me interesa. Déjeme en paz.

—Pero oiga, Cayetano tuvo una experiencia sobrenatural.

—¿Y qué diablos me puede importar a mí lo que vio o le que le pasó a ese tipo?

—No hable así. Cayetano no era un tipo cualquiera. Era todo un señor. Muy estudiado, por cierto.

—Si era estudiado, ¿por qué la estupidez de querer conocer el futuro? —Ah, le interesa.

—Ya le dije que no. Pero una persona inteligente jamás se mete en esas tonterías.

—Cayetano era diferente.

—No creo. Seguro se fue donde una adivina a que le echara las cartas.

—No. Fue donde un mentalista.

—Es lo mismo. Adivino, mentalista, brujo. Todo es lo mismo.

—No señor. En el caso de Cayetano, no. Déjeme que le cuente y verá lo interesante de la historia.

—La repito que no. ¡Vayase!

—Vea, Cayetano temía por su vida. Casi estaba seguro de que un grupo de sicarios lo buscaba para asesinarlo por unos negocios medio turbios.

—Puede hablar lo que quiera, no lo estoy escuchando.

—No importa, algo le quedará de lo que digo. Pues resulta que, angustiado por la incertidumbre, visitó a un mentalista.



—A un brujo.

—A un famoso mentalista, cuyas predicciones eran siempre acertadísimas.

—Claro, las enunciaba de tal manera, que podían prestarse para cualquier interpretación. Algo así como: «Volverás no morirás» que, dependiendo de una coma, podía entenderse de una u otra manera.

—No sea así. Déjeme contarle la historia. Llegó donde el mentalista y éste, con solo verlo llegar, le dijo:

—Te llamas Cayetano y quieres conocer tu futuro mediato e inmediato.

—Imagínese usted lo que Cayetano sintió cuando escuchó aquello.

—¿Por qué no se calla? ¿Qué me puede interesar a mí lo que Cayetano sintió o no sintió? Además, de fijo el adivino ya sabía de su visita y se había informado. ¿Y qué es esa cursilería de «mediato» e «inmediato»? ¿Qué zahori habla de esa manera?

—Incrédulo. El mentalista no lo conocía, nunca lo había oído nombrar. Todo fue pura adivinación, poder sobrenatural. Cayetano ni siquiera tuvo necesidad de preguntarle nada. El mentalista se iba adelantando a sus inquietudes y las satisfacía.

—Pura casualidad.

—Y el mentalista dijo:

—Ahora, vamos a lo que vienes. Quieres verte dentro de diez años. No hay problema. Ven y asómate a esta palangana con agua. Lo que ahí veas, será tu futuro dentro de una década, exactamente.

—Palangana con agua. Insisto, ¿qué clase de adivino era ése? Pudo haber utilizado un espejo, una bola de cristal, una esmeralda virgen.

—No haré caso de sus sarcasmos. Cayetano, tembloroso, se asomó y qué vio. Dios mío, lo que vio. Imposible será decirlo. Imposible será creerlo.

—Oiga, desde hace rato le vengo diciendo ' que nada de lo que le haya pasado a Cayetano me interesa. Así que, ¡hasta luego! Y saludeme a Cayetano.

Se levantó y se fue refunfuñando; pero, poco antes de salir, dijo:

—Y bueno, ¿qué fue lo que vio Cayetano?

—Reconozca que le interesa la historia, y se lo contaré.

—¡Nunca! Esa historia es estúpida.

—Bueno. Pues entonces se quedará con la ganas de saber el final.

## LA PROMESA

Decía mi Abuelita -que en gloria esté- que las ánimas que debían alguna promesa, volvían para cumplirla o para pedirle a alguien que lo hiciera por ellas.

Eso sí, no podían aparecerse a cualquier persona. Tenían que tener muchísimo cuidado, porque si el escogido moría de la impresión, esa muerte pesaría sobre su cabeza. Es decir, el ánima en pena quedaría peor de como estaba: debiendo su promesa y con una muerte culposa encima.

Pues resulta que un uno de noviembre, hacia las diez de la noche, me dirigía hacia mi casa cuando, de pronto, de un viejo higuierón, se desprendió una luz que vino hacia mí directamente.

Recordé todas las consejas al respecto, y un escalofrío me electrizó el espinazo en ambas direcciones. Las manos comenzaron a sudarme y el corazón, también.

—¿Será esto cosa del más allá? ríó tuve que esperar mucho la respuesta: era del más allá.

—¿Lo asusté?

—No, qué va. Es muy común por aquí que una luz le hable a uno.

—Por favor, discúlpeme. Tengo mucho tiempo de estar esperando a alguien como usted para pedirle un favor.

—Sí, ya lo veo.

—No sé por qué no pasa casi nadie por aquí.

—Es que ahora la gente camina por donde hay lámparas. Es más cómodo y seguro.

—Yo no conocía esas lámparas modernas, hasta que me percaté de que, por culpa de ellas, nadie me podía ver. Por eso me vine a este sitio.

—Y claro, tenía que pasar yo. Es la Ley de Murphy.

—No conozco a ese señor. —No, no importa.

—Solo puedo salir los uno de noviembre, la víspera de difuntos. Los demás días, estoy casi en .trabajos forzados.

—¿Pero hay trabajos forzados en el más allá?

—Bueno, casi. Por ejemplo, yo estoy obligado a recordarle a cada compañero la fecha en que puede volver a La Tierra. Para ello, llevo un control estrictísimo de entradas y salidas, con los respectivos nombres y los requisitos que cada ánima debe cumplir para venir.

—Eso no es trabajo.

—Si usted lo cree así, no lo será; pero es un trabajo a mano. Imagínese todo lo que tengo que hacer para poder leer fechas, nombres, castigos y condiciones, si la tinta que empleo es invisible. Además, no puedo equivocarme, porque causaría un tremendo desbarajuste. Dos ánimas no deben coincidir en el mismo sitio; ni pueden salir dos que sean familia; ni nadie tiene permiso de aparecerse a un niño. Si usted viera la cantidad de regulaciones. Yo tengo que llevar un control exacto de todo, y es bien difícil. Ustedes viven rodeados de materia. Nosotros, no. Tienen luz natural y artificial. Nosotros, no. Pueden hablar entre ustedes, abrazarse, caminar juntos, sonreír. Nosotros, no. ¿Ha leído a Homero, Virgilio y Dante? El lugar donde yo estoy se parece a lo descrito por ellos; sobre todo, por Homero.

—¿Conoce usted a los clásicos?

—Sí, en La Tierra fui profesor de lenguas clásicas. Por eso, me asignaron ese trabajo. Pero hay otros peores, como el de barrer muy bien el sitio que ocupó una ánima. Viera lo que cuesta.

—¿Por qué?

—Porque no se ve nada, y todo debe quedar muy limpio.

—Si no se ve, ¿quién va a ver si está limpio o no?

—Los guardas. Ellos utilizan un sistema especial para detectar rastros de ánimas, y ay de uno si dejó el lugar, digamos, sucio. El castigo es terrible. Es probable que lo manden a las cámaras frigoríficas, donde debe permanecer hasta que nazcan quintillizos un 29 de febrero, descendientes directos de quien impuso el castigo. Mientras, usted estará congelado y pensando y sintiendo, sin poder hacer nada.

—¿Quién dirige ese sitio de donde usted viene? Debe ser un neurótico empedernido. ¿Y qué es eso de no utilizar computadoras para llevar los controles, y de limpiar un sitio?

—No hable así. Lo que él hace es perfecto y no tiene discusión.

—Pero, ¿cuándo van a nacer quintuples un 29 de febrero?

—De acuerdo con la ley de probabilidades, no es raro que eso ocurra.

También, como castigo, hay que pintar el lugar o podar el césped o recoger agua en canastos de mimbre.

—Usted me dijo que ahí no hay nada material.

—Es cierto. Todos esos trabajos son mentales. Por ejemplo, a usted lo ponen a llenar un tanque de ocho metros cúbicos. Usted tiene que imaginarse el agua, el canasto, el volumen, el viaje al tubo, el tubo. Todo. Es terrible. No puede distraerse un segundo, porque le puede ser fatal.

—¿Y si se niega a hacerlo?

—Lo trasladan a mineral o vegetal.

—Bueno, eso es mucho mejor. Pero oigo que dice «trasladan» y no, «convierten», ¿por qué?

—Porque uno sigue siendo lo que es; simplemente, pasa a ser dentro del mineral o del vegetal, y éstos son enviados al Infierno como ejemplo correctivo, de donde nunca retornan.

—Entonces, el Infierno sí existe.

—Sí; pero nos está prohibido referirnos a él. Además, no lo conozco. En realidad, ninguno de los que está conmigo lo conoce, y los que han ido a él, jamás han regresado.

Bien podría ser un sitio placentero.

—Nos han dicho que no.

—Les han dicho. Recuerde que los jefes siempre mienten para defender su posición.

—Se. parece usted a la Serpiente del Paraíso, metiendo dudas y más dudas.

—Dudas muy lógicas, por cierto. Pero, perdone, fío es mi intención inquietarlo. ¿En qué época vivió usted?

—Fui amigo de Hitler.

—Entonces, su lengua materna es el alemán.

—No, el hebreo.

—Usted, judío, ¿cómo pudo ser amigo de Hitler?

—Adolfo tenía, por lo menos, tres íntimos amigos judíos. Yo me encontraba entre ellos.

—Ya veo por qué lo enviaron a La Tierra. Con un amigo como Hitler, más bien es un milagro que no esté usted en el Infierno.

—Es posible. Pero yo no participé del holocausto, y siempre procuré ayudar a mi gente.

—Eso no basta. Debió haber luchado contra Hitler.

—¿Qué sabe usted si luché o no? Estoy aquí, no por eso, sino porque debo una promesa que nunca pagué. Prometí que, si para agosto de 1945, la guerra había terminado, iría a Jerusalén y, en el Muro de las Lamentaciones, le daría gracias a Yahvé por el favor. Pero no llegué a agosto de ese año. En el bombardeo aliado contra Berlín, me mataron y la promesa quedó sin cumplir.

—Ya no tenía que satisfacerla, usted estaba muerto.

—Para mis superiores, eso no es una excusa válida. Si yo hice una promesa, tengo que cumplirla aun después de muerto.

—¿Por eso anda por estos rumbos?

—Sí. En el lapso que hay entre esta hora y las doce, debo ir a Jerusalén o alguien debe hacerlo por mí; pero tiene que ser en estas dos horas. No creo que esté muy lejos de aquí. Si no lo hago esta

noche, tendré que esperar a que se me dé de nuevo el permiso, y eso quién sabe cuándo será. Una vez, caí como a dos kilómetros del Muro. Era solo caminar un poquito y llegaba a tiempo, de sobra. Pero era tal el gentío, que no pude materializarme. Porque, para poder cumplir la promesa, uno tiene que adoptar su antigua forma humana y comportarse como tal, con sus aciertos y limitaciones. Eso sí, sin llamar la atención de nadie. En otra ocasión, llegué para una extraña guerra. Viera qué calamidad. Imposible fue llegar al Muro. El problema es que yo nunca he estado ahí, y río conozco el sitio, aunque me puedo guiar por hablar hebreo. Pero es una gran limitación, para un judío en Jerusalén, no saber dónde queda un lugar tan conocido y venerado.

—Veo que ha tenido varias oportunidades en poco tiempo.

—Sí. Eso depende del comportamiento que uno tenga. Pero creo que si hoy fracaso, no podré volver dentro de poco.

—¿Sabe dónde estamos?

—No. ni sé la época.

—Estamos en un pueblito que queda a siete mil kilómetros de Jerusalén. Incluso, si aquí son las diez de la noche, ya en Israel deben ser las seis de la mañana del dos de noviembre.

—¿Dice «Israel»? Palestina.

—Israel. Tres años después de terminada la guerra, se fundó el Estado de Israel, libre e independiente. Hoy su capital es Tel Aviv.

—No lo sabía. Allá nos tienen vedado todo contacto con La Tierra. Los que pueden venir, al volver olvidan todo lo de aquí. No, no sabía. Las dos veces que he venido, no he podido enterarme de nada. ¿El Muro está todavía?

—Sí, claro. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Nada. Regresar y esperar otra oportunidad. Ya nada puedo hacer.

—¿Yo no puedo ayudarlo en algo?

—Ya no.

—Tal vez sí pueda hacerlo. Iré a Jerusalén y rezaré ante el Muro en su nombre. No creo que quien lo obliga a pagar la promesa, sea tan maniático como para exigir un día y una hora determinados. No lo creo.

—¿Usted lo haría por mí?

—Sí, claro. Lo haré.

Cuando levanté la cabeza, mi nuevo amigo ya no estaba. De él, solo había un extraño rastro de perfumes evanescentes.

Ahora, estoy pagando un club de viajes, carísimo, a ver si puedo ir a cumplir la promesa. Aunque, a como está la vida, creo que el pobre judío va a tener que venir, porque ni en veinte años lo pagaré, y

sin sumar comida y hotel. Ay Dios, a buen santo se arrimó el judío. Habiendo tantos ricos, tenía que acudir a mí, y yo, siempre de baboso, prometiendo lo imposible.

## ISLERO

Iba un día por la calle, cuando vi, de pronto, a un amigo que hacía más de treinta años no veía. Bueno, con tanto tiempo transcurrido, ya no era amigo; pero sí, un viejo compañero con quien compartí ratos muy agradables.

Me habló de Flor, una conocida común que, curiosamente, hacía como una hora estaba recordando, porque sentí el aroma del Channel nº 5, su perfume preferido.

Cuando nos despedimos, pasó un Buick. Hacía también como treinta años no veía uno. Era azul, lo que me hizo recordar a Manolete y su viaje a Linares. ¿Cómo se llamaba el toro que lo había matado?

Con este pensamiento entré a la librería, y lo primero que me encuentro es su biografía. Ahí estaba el nombre: «Islero». No sé cómo no lo recordé, si ése es, precisamente, el apellido del amigo que acababa de encontrar. O, tal vez, por haber estado con él, recordé a Manolete. No, a éste lo recordé por el Buick.

En la librería, me puse a buscar lo último de Saramago. Estaba en ésas, cuando se me acerca Dominguín, otro compañero que se llamaba Domingo Savio, y prefería que le dijéramos Dominguín, porque detestaba su nombre de pila. ¿Y sabe usted qué fue lo primero que me preguntó? Que cómo se llamaba el toro que había matado a Manolete. ¿Por qué me preguntas eso? Porque hay un concurso ahí afuera en que hicieron esa pregunta y nadie la ha contestado todavía. Fíjate que regalan un viaje a España. ¿Por solo contestar eso? No, hay más preguntas; pero ésa es una de las más importantes. El tema del concurso de hoy es «Manolete». Mira qué casualidad. Entonces, le dije que «Islero» y me recordó, hecho que yo había olvidado por completo, que en Linares, el mismo día que Manolete, había toreado

Dominguín, al cual Manolete le prestó una famosa prensa de madera esa misma tarde para que se sujetara la montera, mientras dicen que dijo que se la prestaba para que Dominguín «tuviera algo de torero».

Con Dominguín, recordé muchas aventuras, todas, a la distancia, hermosas, y me dijo que andaba buscando lo último que había escrito Saramago. Qué coincidencia, yo también. Ah, pues no sabía que tuviéramos el mismo gusto. La frasecita me ofendió, porque peor gusto que el de Dominguín yo no había conocido. Incluso, me llamó la atención que anduviera tras Saramago, si con costos leía el periódico.

Total, como de costumbre, no había nada nuevo de este autor ni de otro, así que me despedí de Dominguín y me fui a ver los compactos que había.

El 85% de los estantes lleno de música chatarra -o antimúsica-.

Y ahí, otra vez Islero, mi viejo amigo. Diay, nunca nos vemos y ya hoy van dos veces que nos encontramos. Sí, así es la vida. ¿Qué andas buscando? Nada en especial, y mejor, porque mira que

de clásico solo hay como un 15%. Sí, ya yo lo había notado. Qué terrible. La incultura se extiende por todo lado. Fijáte que afuera una TV estaba haciendo, un concurso. Sí, me acaban de contar. Y preguntaban que quién sabía el nombre de la ciudad donde había muerto Manolete.. Y nadie, fíjate vos, nadie lo supo.

—Vos sí, claro.

—Acaso me acordé. No hubo manera de que me acordara.

—Qué raro, ahora estaba yo hablando con otro amigo de eso. —Después preguntaron que como se llamaba la mamá.

—«Angustias» -dije en voz alta- y he aquí que una señora que también veía los DVD se volvió y me preguntó que qué se me ofrecía. Resulta que se llamaba así y, caéte, le pusieron ese nombre, porque la mamá de ella era admiradora acérrima del torero.

—¡Válgame Dios!

—Sí, te valga. Pues doña Angustias vive aquí y en su casa tiene un museo dedicado a Manolete; para ella, el mejor torero que ha habido en todos los tiempos. Le pregunté si sabía que a la entrada de la librería había un concurso sobre su ídolo. Y me respondió que no, que qué raro, porque siempre una amiga le informaba cuando -cada muerte de obispo- alguien nombraba al torero.

Mientras, Islero, un poco alejado de la conversación, se acercó, y le digo a la señora:

—¿Sabe usted cómo se apellida éste?, refiriéndome a Islero, claro.

—Rodríguez, dijo doña Angustias.

—No, Islero. Y la señora se puso a llorar y a sollozar en forma tan evidente, que llegaron dos muchachas de la librería a preguntarle qué le pasaba y a tratar de calmarla, lo cual parecía empresa difícilísima. Hubo que sentarla y esperar a que pudiera expresarse. Y dijo:

—Hace días tengo un sueño extraño. Veo que alguien me señala el mar y repite «Islero, Islero, Islero», así, tres veces. Y a la tercera, me da una rosa roja, sí, creo que roja, y me dice: «pa que la pongas en la tumba de Islero». Yo me despierto bañada en sudor y por más vueltas que le doy al sueño, no hay manera de que pueda descifrarlo.

Islero y yo nos quedamos mudos. Más él, al que no le hacía nada de gracia el sueñito de doña Angustias. Y dice:

—Pues ya ve, doña Angustias, aquí me tiene, vivito y coleando. Me imagino que el del sueño se refiere al toro.

—Es posible. Pero de ése no debe haber tumba, porque el día que lo mató, lo mataron, lo mismo que a Islera, su madre.

Y dice Islero, señalando hacía una hermosa muchacha a la que yo, casualmente, no había visto:

—«Mi novia, Guadalupe».

Y doña Angustias y yo nos volvimos a ver como embrujados. E Islero:



—¿Qué les pasa?

—Nada, solo que la novia de Manolete se llamaba así.

—Bueno, ¿seré yo su reencarnación? —No, no creo, Manolete no merecía esa, suerte, dije yo en broma y para aliviar el ambiente.

Entonces doña Angustias extendió la invitación a los tres, y dijo que estaría complacidísima de recibirnos en su humilde casita que, de ahora en adelante, sería también la nuestra.

—Señora, yo no puedo ir pronto, porque haré un viaje, dijo Islero, pero en cuanto regrese, la visito, se lo prometo.

Nos despedimos de muy buen humor, aunque el sueño de la doña me preocupaba un poco, no por Islero, que ya dije que hacía como treinta años no veía, sino por lo que pudiera tener de premonición, tema que me ha cautivado desde niño, desde que mi Abuelo -a quien Dios haya perdonado- me narraba leyendas e historias en las que los protagonistas eran aparecidos, duendes, muertos y brujas.

Brujas y muertos que a lo largo de mi vida me han, de alguna manera, escocido, dolido, casi hecho sangrar de incertidumbres, de dudas, de sobresaltos ante el más allá.

Un más allá que, más tarde o más temprano, visitaré y donde de seguro he de encontrarme al pobre Islero, muerto en el mar, en un accidente extrañísimo y tonto, y cuyo cadáver nunca fue recuperado.

A los días, fui con doña Angustias al mar, para dejar un rosa roja como recuerdo de alguien que estaba trágicamente marcado por la Muerte, muy antes de su muerte trágica.

## ENTERRADO VIVO

ya dentro del ataúd, en la oscuridad de ese entorno enloquecedor, se percató de su situación. También, de que no podía moverse ni hablar.

Con su serenidad característica, hizo un análisis frío y concluyó que, o se aterrorizaba hasta el infarto y al final nada alcanzaría, o comenzaba a tranquilizarse y tranquilizarse, para lograr salir victorioso.

Escogió la segunda opción.

—Debo estar en un ataúd. No hay de otra. Ahora, ¿dónde estará el ataúd? ¿En la morgue, en la casa, en el templo, en el cementerio?

Sabía que padecía de una enfermedad que le producía serios desmayos. Incluso, el penúltimo lo había dejado en estado catatónico por tres días, según puede leerse en su historial médico.

Éste era, de fijo, un caso similar, con la diferencia de que no estaba con él su aya, la cual, entonces, había exigido pruebas médicas antes de proceder a comprar el ataúd y hacer todo el alboroto propio de las defunciones.

Ahora, sin aya y con mucho dinero, sus sobrinos, más por su juventud que por maldad -por lo menos, era lo que suponía- habían procedido como era lo lógico: correr a sepultarlo, felices de su muerte.

Por los sonidos que medio le llegaban, dedujo que estaba en el templo. Algo como unos alaridos destemplados le indicaron que la organista (organistas eran Bach, Haydn, Frank) de la parroquia, despedazaba con sus acordes y con sus gritos un salmo.

Por eso él, por aquello de que somos de la muerte y de que no fueran a poner a cantar a una galilluda como ésa, había destinado muy buen dinero para su funeral, con la orden expresa de que se interpretara el *Réquiem* de Fauré y el *Miserere* de Allegri, con la orquesta y el coro sinfónicos, y de que en el cementerio cantaran *El Réquiem de Fuego*, de Nichólas Lens.

Pero sus sobrinos, rockeros furiosos, no se iban a complicar la vida por él, a gastar tanto y a estar más de dos horas en un servicio fúnebre que no les interesaba para nada, excepto porque lo alejaba de ellos para siempre.

Bendito sea Dios, que hasta para morir hay que contar con buena suerte. Si estaba en la iglesia, seguro tendría de «muerto» unas cinco horas: se había acostado como a las dos. Leyó hasta las cuatro. Uno de los criados, como de costumbre, lo despertaría a las nueve. Seguro lo halló «muerto», y los familiares, ansiosos, le pagaron a cualquier médico para que firmara el certificado de defunción. De todas maneras, padecía de esa extraña enfermedad que, cuando menos se pensara, se lo llevaría en un dos por tres, como había ocurrido hoy.

Si era así, deberían ser como las dos y treinta de la tarde; porque el cura nunca interrumpía su siesta de doce a dos.

Por los acentuados berridos del coro, concluyó que ya casi finalizaba el oficio.

Cómo le hubiera gustado seguirlo de principio a fin, igual que el emperador Carlos V.

¿Cuántas personas habría?

De pronto oyó «Al Paraíso...»

De niño, le había fascinado esa parte de los funerales: el cura, con los monaguillos, incienso, agua bendita, cruz alta y capa pluvial negra, se acercaba al ataúd y lanzaba aquel «*In Paradisum...*» en latín, como debían ser los oficios litúrgicos y de negro, porque es el único color que ahuyenta a la Muerte:

*«In paradisum deducant Angeli;  
in tuo adventu, suscipiant te  
Martyres...»*

Ése era como el adiós definitivo al difunto. Después de ese canto, el cementerio.

«*Al Paraíso, te lleven los Ángeles y ahí te reciban los Mártires...*» Sería hermoso emprender tan larga -o cortísima- jornada a la eternidad, acompañado por tan ilustres personajes.

Ahora en cambio, se medio cantaba en español, ya no había incienso ni agua bendita, y las vestiduras sagradas se reducían a una alba y una estola morada, si es que al cura se le ocurría encajárselas. Lo más seguro es que celebrara el funeral con desteñidos *jeans* y una horrible camiseta por fuera.

Sintió que lo alzaban.

En los antiguos entierros, las familias adineradas pagaban un coche tirado por percherones negros, adornados de crespones y reluciente de plata. Era impactante ver aquellos caballos, grandes, majestuosos, acordes con la solemnidad del acto, marchar, despacio pero seguro -como la misma Muerte- por las empedradas calles, hacia el cementerio.

Al verlos, pensaba uno que había diferentes muertes, dependiendo de la posición social del fallecido, y de que con tales ceremonias era bonito morir.

Hoy, con la visión propia de los años, ya no pienso así. La muerte es una sola; pero los hombres, en su afán de conjurarla, la han disfrazado con perfumes, piedras, telas, coches y metales preciosos.

Los que pueden, claro. Porque los pobres, que la ven venir todos los días, ni siquiera tienen gracia para disfrazarla.

Él no iría en un coche de éstos. De fijo, los sobrinos alquilaron un carro corriente. Y, de haberlo permitido el decoro, lo llevarían en el cajón de un pick up: más barato y más práctico.

—Si no vuelvo en mí, me enterrarán vivo, rio tengo forma de manifestarles mi estado. Además, aunque pudiera hacerlo, no harían caso.

Esa ocasión de deshacerse de él, no la iban a perder así como así. Pero, recuérdese, son jóvenes; por lo tanto, buenos, candorosos^ incapaces de maldad alguna...como casi nos obliga a creer la Ley Penal Juvenil. — Mis sobrinos...¡Ja!

La quietud total de la caja le indicó que habían llegado al cementerio.

Un frío aroma de gardenias le despedazó la poca tranquilidad que tenía.

—Ya no hay salvación. Es hora de moverme, de gritar. Ahora o nunca.

Pero el movimiento no se produjo ni el grito traspasó el ambiente.

—Siempre he sido sereno. Es hora de serlo más.

Aspiró profundamente; lo más profundamente que pudo.

Exhaló el aire con suavidad, con mucha suavidad. Volvió a efectuar la misma operación, mientras se ordenaba a sí mismo dormirse. Dormirse, suave y tranquilamente. Dormirse con un sueño pesado. Dormir. Dormir. Y no despertar nunca más. Nunca...

Aunque afuera, la vida lo estuviera convidando a su diario banquete.

## EL SEPULTURERO

*«La piqueta al hombro,  
el sepulturero,  
cantando entre dientes,  
se perdió a lo lejos.»*

G. A. Bécquer

Mi carrera de detective, a la que había dedicado tantos años de lecturas y preparación, se inició y terminó con el siguiente caso, que procedo a relatar con la misma rigurosidad con que ocurrió:

¿Qué se hizo el sepulturero del pueblo?

Lo buscaron por aquí y por allá, riada. Y no andaba divirtiéndose con sus dos amantes, según lo supe de muy buena fuente. Decían las malas lenguas -y lo repite la mía que no es tan santa- que alguien lo había matado y enterrado en el mismo cementerio.

—¿Quién se atrevería a buscarlo allí? Es el sitio ideal para «enterrar» a alguien, ¿verdad?

—¿Es que no hay un valiente que entre al cementerio y busque y busque hasta encontrarlo? Donde está, la tierra debe estar removida, o ladrillos recién puestos o algo.

Esto lo gritaba su desconsolada esposa, rodeada de amigas que, en momentos tales, eran casi imprescindibles.

—¿Y la policía?

—Como siempre: «Si te vi, no me acuerdo.» Y llegando a robarse el «show», como tan sabiamente dice el pueblo.

Por eso me ofrecí a ayudar.

Motivo y oportunidad. Cuando me cercioré de que no andaba con sus dos «gatitas», como tan insulsamente les decía a sus amantes, me puse a ver el motivo y la oportunidad.

¿Quién tenía motivo para matarlo? ¿Tuvo esta misma persona la oportunidad de hacerlo?

Qué bien estaba poniendo en práctica mis lecturas policíacas.

La de cosas que uno aprende (o la de chismes que le llegan), cuando se pone a efectuar averiguaciones.

Supé que el sepulturero le era infiel a su esposa. Supé también que se había hecho rico, de la noche a la mañana, gracias a unas valiosas joyas que enterraron junto con un muerto importante.

Cuando la policía exhumó al pobre difunto, las joyas no aparecieron por ningún lado. Y la gente decía que era falso que las hubieran puesto en el ataúd. Y la viuda juraba y rejuraba que sí las había echado, por amor a su esposo. Su cuñada (la de la viuda, y también heredera de las joyas) le gritó en media calle que era una ladrona.

La viuda tuvo un derrame de bilis muy fuerte y, según el parte médico, se salvó por un pelito de acompañar a su esposo en las praderas del Hades.

Al sepulturero, nunca le pudieron probar nada. Pero que se volvió rico, se volvió. Dijo que la lotería. Su esposa, que una herencia. La gente, que las susodichas joyas. La policía, nada...

Me enteré también de que la esposa peleaba con él a cada rato y por cualquier asunto. Y que se trajo a su mamá (la esposa trajo a la madre de ella) a vivir con ellos a la casa, lo cual fue visto como una provocación por nuestro amigo el panteonero que, dicho sea de paso, detestaba que le dijeran así.

Asimismo, supé que la esposa había sido muy amiga de su rival; y que ésta desapareció una semana antes de que el sepulturero lo hiciera.

Me enteré de que el cura del pueblo tenía amores con una hija de ellos, y que ésta había parido un hijo de él.

Aunque decían los vecinos que el hijo lo era del sepulturero.

Sí, entiéndame, este hombre era padre y hermano de su propio hijo, según el decir de los del barrio.

Supé por ahí, sin querer, claro, que la suegra andaba detrás de su yerno. No para cuidarle sus pasos y hacerlo respetar el lecho conyugal, como me imagino que hacen todas las suegras, sino porque lo deseaba como hombre.

Y que también se esfumó una semana antes de que lo hiciera él. Y que él le correspondía.

Por cierto, ni la amante ni la suegra, que también era amante, han aparecido, lo cual a nadie le extrañaba porque era común que las dos se fueran por un tiempo del pueblo y que, pasados quince o veintidós días, regresaran más remozadas que nunca.

De paso, de esas andadas también participaba el sepulturero, según lo supé por una de las amigas que alentaban a la triste viuda.

Es importante hacer notar que todo el asunto de las joyas se reveló en el novenario del difunto.

—¿De cuál difunto?, me preguntará usted.

—Ah, muy buena pregunta, como dicen los gringos. Del difunto de las joyas. El primero.

¿Cómo supo el panteonero que esas joyas iban en el ataúd?

—Ahí está el detalle, ¿cómo lo supo? Eso todavía no lo he podido averiguar, porque la viuda del rico se niega a hablar conmigo.

—¿Motivo para matar al panteonero?

—Pregunte mejor por «motivos», porque como le vengo contando, eran muchos, y todos de peso: la esposa, la suegra y la amante tenían sendos motivos. Poderosísimos todos.

El cura, ni se diga. La hija, también. Igual la familia de las joyas.

—¿Oportunidad?

—Esto sí había que averiguarlo mejor. Para ello, fui preguntando por aquí y por allá, como quien no quiere la cosa. Y he aquí lo que supe:

Primero: el día en que desapareció, el sepulturero no llegó a almorzar. Extrañísimo, porque en veinte años de casados, nunca había faltado a tan importante comida.

Esta ausencia le dio más tiempo para irse o, si fue contra su voluntad, los captores actuaron desde la mañana.

Segundo: ese día, la esposa cocinó mondongo, pese a que él lo detestaba.

(Este dato es muy valioso, porque podría demos! i ai dos suposiciones: o que la esposa, de hecho, no lo esperaba y por eso cocinó mondongo; o que ella no fue la que hizo el almuerzo; rarísima circunstancia, pues, en esos veinte años, siempre lo había preparado ella. Incluso, el día que nació su hija, hizo, a decir dé las vecinas, una olla de carne riquísima, con tiquisque, yuca, ñame> plátanos, elotes, chayotes, todo esas verduras que requieren un gran trabajo para pelarse. Es decir, ño importaba lo que pasara: ella tenía que cocinar).

Tercero: la hija, ese día, se fue a confesar; pero dijo que el cura nunca había aparecido.

(Es posible que no fuera a confesarse, y aprovechó el rato para ayudar en la desaparición de su padre. Asimismo, también es probable que ella sí fuera a confesarse, y que el cura, de veras, no se presentara).

¿Dónde se hallaba el curita? Él dice qué en la iglesia, lo cual desmiente lo dicho por la muchacha. Es decir, la confesión de ambos se contradice... o tal vez sea un ardid para protegerse mutuamente.

Cuarto: la familia de las joyas. —La estúpida familia que enterró las valiosas joyas con el difunto, diría usted.

—Pues se equivoca. Me enteré de que el entierro de las joyas no fue un gesto de estúpido amor por el muerto, sino un ardid para evadir impuestos y dejar sin herencia a otros parientes.

Todo el mundo sabía que el señor tenía ese lote de joyas, casi invaluable, en una caja de seguridad del banco, y que dos días antes de morir -ya esto no lo sabía todo el mundo, sino yo lo averigüé- fue él, personalmente, a sacarlo.

¿Qué iba a hacer con ellas? ¿Quiénes las heredarían?

Incluso, yo agrego dos preguntas muy sugestivas: ¿le hicieron autopsia? Si sí, ¿qué reveló? Si no, ¿quién influyó para no practicársela?

El día de los hechos, la viuda salió, dizque a visitar la tumba.

Llegó al cementerio. Se acordó de las joyas (o ése era su continuo pensamiento), medio rezó por su esposo, vio al sepulturero, le echó en cara su robo y, aprovechando un descuido de él, le dio un palazo o un macanazo y lo metió en una de las tumbas que estaban semiabiertas.

Tenía motivo y oportunidad.

En realidad, todos los tenían. ¿A quién culpar?

Cuando suegra y amante aparecieron, nada remozadas, por cierto, la de alaridos que daban por su enterrador.

Su descaró fue tal, que lloraban a lágrima viva con la nueva viuda; la cual, a su vez, más lloraba al oírlas.

Entonces decidí interrogarlas, a cada una por aparte: esposa, suegra, amante e hija.

Lo que más me llamaba la atención era el famoso mondongo del almuerzo. Así que:

—Señora, ¿por qué cocinó mondongo ese día?

—Porque era lo único que tenía para almorzar.

Yo sabía que mentía descaradamente: su esposo era el que hacía las compras y nunca hubiera llevado a la casa ni un gramo de mondongo; tal era la aversión que le tenía.

—¿Por qué miente, señora, si yo lo sé todo?

—¿Qué sabe usted?

—Que entre las cuatro mujeres ligadas a su esposo, a saber, usted, su mamá, su hija y la amante, que usted la conoce muy bien, lo mataron para quedarse con las joyas. Que el día de su desaparición, que fue también el de su muerte, usted cocinó mondongo porque sabía que él no llegaría. Que su hija, aduciendo que había ido a la iglesia, se fue al cementerio y ahí, ayudada por la abuela y la casi madrastra (que son la misma persona), lo mató. Usted se quedó en la casa para hacer la pantomima convenida.

Con qué gesto de triunfo me quedé viendo a la pobre señora. Estaba vencida. Lo demás sería sencillo.

Pero ella, abriendo sus brazos desmesuradamente, corrió hacia la puerta gritando.

—La emoción la volvió loca, me dije. La verdad de su crimen la apabulla. Pobre mujer.

Y ahí, en la puerta, el sepulturero, remozado, feliz, repartiendo besos y abrazos, como si nunca hubiera estado perdido».

Y me acordé de aquella canción popular... «*No estaba muerto: andaba de parranda*». No hace falta decir que hasta aquí llegó mi carrera detectivesca, tan pacientemente construida sobre los modelos de Holmes, Maigret, Poirot, Marple, el Padre Brown y Queen.



## ACERCA DEL AUTOR

El autor de esta obra se ha dedicado más a la investigación lingüística en el campo de las lenguas otomangues, que a la creación literaria, propiamente dicha.

Nació en la provincia de Cartago, específicamente en Tres Ríos, el primer día del año de 1946. Estudió las primeras letras en su pueblo natal, el Bachillerato en el Colegio Ornar Dengo y obtuvo su licenciatura en lingüística en la Universidad de Costa Rica.

Ha laborado siempre en la enseñanza de la lengua española, en colegios tales como el Liceo de Costa Rica, el *Saint Francis College* y, posteriormente, en la Escuela de Filología de la Universidad de Costa Rica. A partir de 1984, se trasladó a la Sede de la Universidad de Costa Rica en Guanacaste, y radica desde entonces en esa provincia. Actualmente, vive en Curubandé, en las faldas del Rincón de la Vieja, en un pueblecito que, curiosamente, quería conocer desde que cursaba la primaria, pues su maestra, hermana del escritor Joaquín Vargas Coto, le hablaba de las Cartas de don Camilo, fechadas en Curubandé, en los años 50, y lo incentivó a leerlas a tan temprana edad.

Por moción e influencia de Juan Santiago, se inician en Costa Rica dos tipos de Congresos, que han ejercido gran influencia en sus respectivos campos: el de Filología y Lingüística, en 1988, que cada dos años se celebra en nuestras universidades públicas, y el de Regionalización de la Educación Superior Pública, en 1993, que ha venido a ordenar el desarrollo de las sedes universitarias del país.

Ha publicado con la Editorial de la Universidad de Costa Rica los libros Diccionario Español-Chorotega, Chorotega-Español, Amor y muerte: poemas del silencio y Relatos en blanco y negro.